

- La fiesta de la papa

TESTIMONIOS

LA FIESTA DE LA PAPA

(Entre los Krahó)

Iosu Gallarreta Ariño

En el centro del mundo

Me hacen creer las luciérnagas que, en esta hora del atardecer son estrellas fugaces; las demás, escasas, igualmente parecen fugaces, queriendo permanecer firmes están guiñando su presencia para quienes en este momento observamos quietos, en silencio, formando el círculo ritual dentro del círculo del patio, del círculo de la aldea, del círculo que es el mundo.

Es esta la hora en que todo se precipita, comenzando por el sol, se ponen en movimiento cascavel y jaracucu (1) cazando con sigilo, en las lagunas hacen hervir el agua los peces con sus saltos; solamente los hombres han paralizado su actividad, reuniendo en este momento crucial de división, la fuerza de sus dos mitades para que la unidad tome cuenta nuevamente del mundo; Katamiye, el partido del agua y el poniente, mirando al sol rojo que se va, Wakamiye, la mitad de la estación seca y el amanecer, mirando a los otros mundos que luchan por nacer, donde algunos héroes habitan y desde donde, a veces, han regresado, es donde miro yo. Rostros graves, como tallados en madera, fijan su mirada en el horizonte, sólo los hombres ocupan ahora el centro del mundo que es este patio, avanza la noche calmamente, ya no está el mundo dividido en dos mitades, la oscuridad va ocupándolo, han nacido las estrellas iluminando debilmente el ká (2) donde estamos, el mundo se ha unido de nuevo y los hombres nos dispersamos por todo él, ya no es necesario que las mitades se junten, ha recuperado el equilibrio.

Charlan los hombres decidiendo los preparativos necesarios para la fiesta de la papa, se reparten los trabajos y son nombradas parejas de mensajeros para convidar otras aldeas. Habiendo ultimado todo, un grito, que naciendo bajo va aumentando de intensidad y es rematado con otros dos breves y fuertes, marca el fin de la reunión. Nos dispersamos por las calles radiales que van hasta el krikatí (3) donde las mujeres se ocupan de acarrear agua o niños, cocinan o abandonan algún cesto a medio hacer por que ya la noche demanda otra actividad.

El cielo ha ganado los ojos de los hombres; sentados en los troncos que cierran la entrada de la casa a los chanchos, Hohote (4) y yo miramos larga y quedamente tratando de descubrir los satélites que los Kupén (5) colocan en el espacio dando monótonas vueltas cada día; me pregunta si hay gente dentro, cómo hace la luz, qué cosas llevan allá los Kupén, para qué da tantas vueltas cada día, lo que comen y cuando viéndolo yo tan interesado por las técnicas de la civilización le digo que no es cosa buena porque destruyen muchas cosas para construir esas máquinas, se contesta: "Não é ruim, não, Krahó faiz tempo que foi nas estrelas" (No es malo, no, los krahó hace tiempo que fueron a las estrellas).

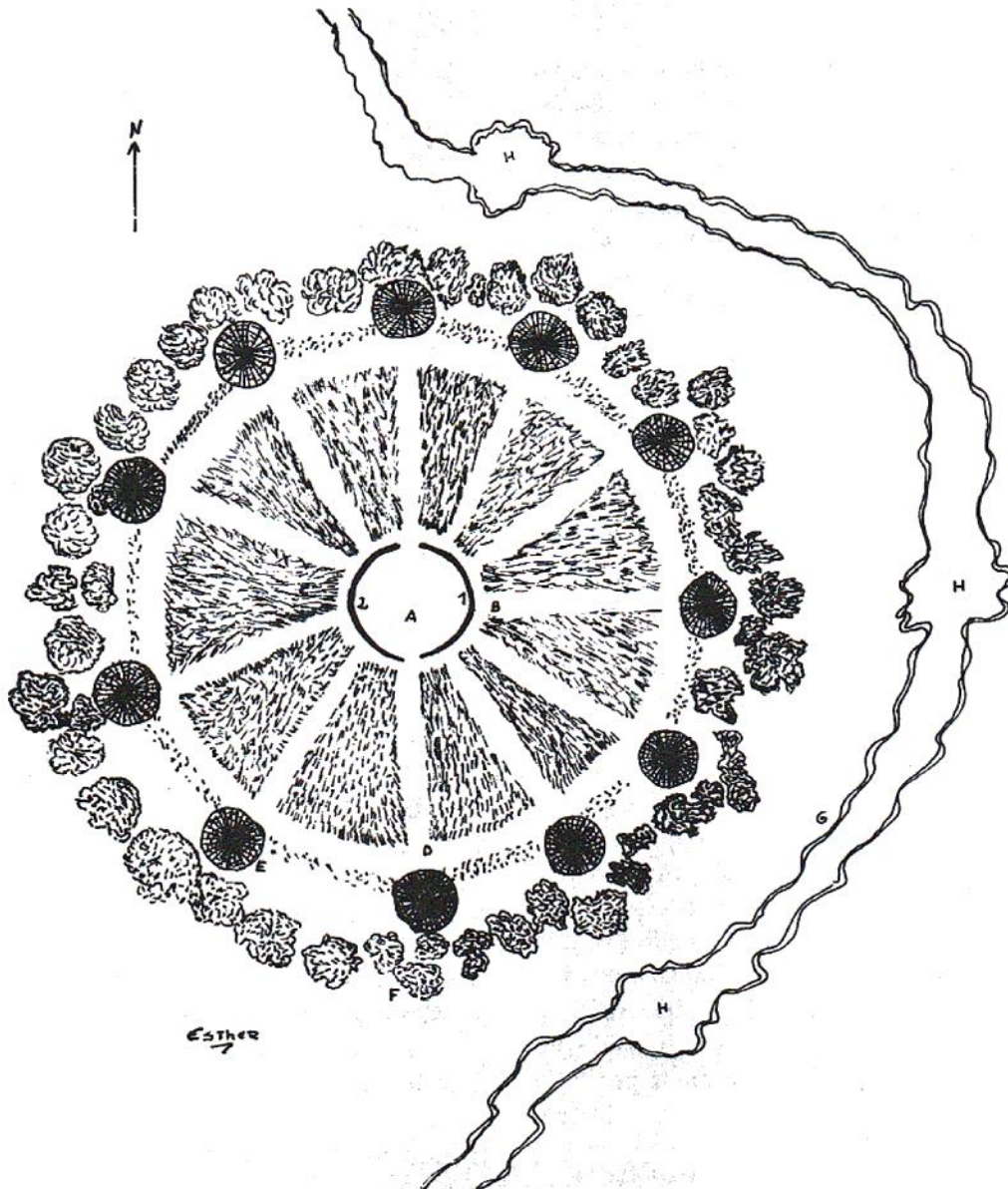
Me quedo callado, pensando, recordando el mito que narra la subida de Túlkrén (6) a las estrellas sostenido por las alas de muchos buitres; sabiendo que cada noche cada persona acá viaja hasta diferentes lugares del espacio que ve e imagina, concentrándose en un grupo de estrellas, caminando por la vía láctea, o contando las historias del planeta que refiere, las que ha oído de los mayores y las que uno mismo va

RUNAYAY

urdiendo, con fina trama, noche tras noche, al calor de los sueños.

Nos quedamos junto al fuego esperando que la comida esté lista, no conviene alejarse en este momento porque nadie guarda comida para los ausentes, no importa en qué fuego esperes comer, puede ser en el de cualquier familia de la aldea, comes donde te queda más cerca pero, eso sí, debes estar presente en el momento justo que, por otra parte, nadie sabe cuando va a ser porque no hay hora para las comidas; esto depende de la disponibilidad y la buena voluntad de las mujeres, así que mejor esperar el tiempo necesario conversando o tejiendo algún objeto de paja mientras llega el momento de comer.

En la casa de mi keti (7) ya hemos cenado, todos de la misma olla, sosteniendo la comida con los cuatro dedos más largos y empujándola, hacia dentro de la boca, con el pulgar; ha consistido en camote, poroto, arroz y harina de yuca, también un pedazo de charque. Habiendo terminado, junto a mi "ikrá" (8) he salido hacia la casa de Koiamé (9), que mañana va a partir como mensajero hacia la aldea Marasunduva; hemos conversado sobre la fiesta y las posibilidades que hay de que venga mucha gente. Han salido a relucir las enemistades más recientes con su cola de solidaridades interfamiliares; hablar de este tema es todo un juego especulativo en el que nadie puede estar seguro



LA FIESTA DE LA PAPA

de lo que dice. De este modo nos hemos entretenido un buen rato pensando y contrapensando hasta que la balanza se ha roto de cansancio, así que nos hemos ido a dormir.

Los jóvenes de clase de edad "menoronú", es decir los adolescentes aún solteros, no dormimos dentro de las casas sino en el patio sobre las esteras de paja de la palmera burití (10); yo me incluyo aquí porque no soy casado aunque teniendo en cuenta la edad, 27 años, ya debería estarlo y pertenecer a la clase de edad de los padres con hijos. Es una suerte dormir en el patio porque en él suceden las cosas más interesantes. Hoy habiendo dormido un poquito, hemos comenzado a escuchar el maracá de Baú el Cantador, poco después el mismo ha comenzado a cantar siguiendo el ritmo, las mujeres han ido llegando de todos los puntos de la aldea, cada una por su calle, enganchadas por la música, algunas cargando sus hijitos, otras solas, para colocarse en fila, hombro con hombro, formando un hermoso coro nocturno que ya no nos ha dejado dormir. Tumbados, dormitando, hemos escuchado su bello canto preparatorio para la fiesta, durante toda la noche, hasta el amanecer, ha cantado el cantador recorriendo sin cesar, de un extremo a otro, la fila de mujeres, iniciando las canciones o las estrofas, blandiendo incansable el maracá (11).

Con la vista fija en la bóveda celeste y ese fondo musical he sentido un temblor que recorría todo mi cuerpo, poco después he sentido el frío que precede al amanecer casi al mismo tiempo en que amarrado por un cobertor, sin poder ver a quienes me cargaban en hombros, aun imaginando quienes eran, me han llevado hasta el río para tomar baño. Con cobertor incluido me han arrojado al agua, yendo el resto atrás, una vez adentro hemos luchado, por parejas, para ver quién consigue derribar al compañero de espaldas, nos hemos perseguido y empujado hasta entrar en calor, ya cansados decidimos volver al patio para hacer un fuego donde calentarnos. Comienza a clarear, las mujeres, han dejado de cantar, están regresando a sus casas mientras Baú se acerca al fuego donde se van juntando los hombres de la aldea, preparados para asistir ritualmente a un nuevo amanecer. Vuelven a formar el círculo las dos mitades, cada hombre ocupando el puesto que le

corresponde atendiendo al grado de parentesco que le viene dado por su nombre. En la posterior reunión, que cada día sigue a esta ceremonia en la salida y puesta del sol, se dan las últimas consignas a los mensajeros que viajan hoy después de la carrera de troncos. Encerrada la asamblea con los gritos rituales, salimos los hombres de las dos mitades fuera de la aldea, caminando en fila india, hacia el lugar donde están preparados los troncos de burití.

Por el camino, a partir de una determinada distancia, van quedando al margen parejas con un hombre de cada mitad situado a ambos lados de la senda. Colocados a lo largo del camino que han de recorrer los troncos, solamente dos parejas, representando Wakamiye y Katamiye llegan hasta el lugar de inicio donde esperan los troncos en posición vertical. Resulta difícil, para mí, calcular el peso, pero con seguridad cada uno de ellos sobrepasa los 100 kilos. Entre los hombres, de cada mitad, se ayudan para cargar el cilindro de madera a los hombros de uno de ellos; una vez cargado, inmediatamente, comienzan la carrera y los gritos de ánimo, a un ritmo veloz, hasta tal punto que, aún sin ir cargado, resulta costoso no quedar rezagado. Van avanzando los troncos con rapidez debido a que continuamente van pasando a hombros de quienes se han ido distribuyendo a lo largo del camino. Los que ya han cargado continúan corriendo detrás preparados para sustituir de nuevo en los últimos trechos donde ya no hay nadie de relevo.

En la entrada de la aldea las mujeres, niños y algunos viejos esperan la llegada; también las mujeres efectúan sus carreras con troncos un poco menos pesados pero, de cualquier manera, pocos hombres de las ciudades podrían correr tanto como ellas. Se va alternando la cabeza de la carrera entre Wakamiye y Katamiye pero es ahora, en la entrada a la aldea, cuando los más fuertes van a demostrar que son ellos los merecedores del cinto de corredor; consiste en una banda tejida de algodón, con dibujos geométricos, teñida con achiote, de la cual cuelgan unos cordones de mostacilla colorida, antiguamente tiririca (12), finalizadas en una especie de campanillas recortadas en la parte más angosta de las calabazas (tutumas) que al entrechocar durante la carrera

producen un sonido característico.

Entran los troncos en el círculo de la aldea, se está entronizando así el principal símbolo civilizatorio de la cultura Krahó que es el buriti; con esta palmera se fabrican los techos y paredes de las casas, las cuerdas, los cestos y moocós (13) esteras para dormir, abanadores para el fuego, cintas de adorno para la cabeza, el coco sirve como alimento, extraen su aceite, con las ramas fabrican cajitas para guardar plumas,...Este es el significado de la carrera, la domesticación del mundo caótico, allá afuera, trayéndolo al interior de la sociedad organizada donde será transformado en objetos culturales necesarios para la vida comunitaria. Cada mañana la carrera se repite como primera actividad del día, los troncos habiendo entrado en la aldea efectúan una vuelta dentro de ella, por el camino krikatí, para después completada, entrar por uno de los caminos radiales hasta el ká, donde son depositados considerando terminada la carrera en ese momento.

Ya los hombres están relajados, en el centro, comentando la carrera y haciendo bromas; no se comenta el hecho de quién ha ganado o perdido, considerado algo irrelevante, sino el comportamiento de cada uno, las dificultades e incidentes que han ido surgiendo. Charlando en grupitos nos dirigimos al río para tomar baño, el segundo para mí hoy sin haber llegado a las 7 de la mañana. Estando en el agua Nhorré (14) ha traído unas hojas para frotar en las piernas, me ha invitado a pasarlas para que me fortalezca y pueda ser un buen corredor; Penó (15) ha advertido el glande de mi pene descubierto y me ha hecho saber que estaba desnudo; avergonzado, lo he tapado; aun no teniendo ninguna prenda encima, ahora, con el glande cubierto, estoy vestido. Afortunadamente no había mujeres, contra lo acostumbrado, porque hubiera considerado una grosería provocarlas o "invitarlas" de ese modo delante de mucha gente.

Cerca del medio día han llegado los hombres de la FUNAI (Fundación Nacional del Indio), trayendo sal, arroz y poroto. Pertenecen al puesto que el órgano tiene en la aldea Santa Cruz. En nuestra aldea, Xupé, no se acepta la presencia permanente de los funcionarios ya que ha sido desarrollada una firme conciencia

política a través del trabajo del CTI (Comisión de Trabajo Indígena). soportar el flagelo de la máquina burocrática estatal es algo directamente imposible, basado su funcionamiento en la mentira, soborno, estafa de fondos, violaciones y encubrimiento de asesinatos sufridos por lo propios pueblos nativos. Sus frentes de contacto con naciones que no habían conocido al blanco han supuesto, en muchos casos, el exterminio para estos pueblos de ahí que para ellos las siglas tengan otro significado: Funeraria Nacional del Indio.

Continúan haciendo tentativas para establecer, de nuevo, el puesto aquí a través de sobornos con comida, amenazas, etc. Hace pocas semanas llegó la noticia, desde la aldea Pedra Branca, de una violación por parte del Superintendente del órgano (máxima autoridad del Estado) en Goiânia, del delegado regional de Araquá y del jefe de puesto de dicha aldea, en la persona de una muchacha, Apinajé, que visitaba parientes en esta aldea Krahó. Llegaron echando caramelos al aire, en extremo ofensivo para los Krahó, y al cabo de un tiempo se despidieron para regresar después de media hora borrachos reclamando "la chica más linda de la aldea" para bailar, a quien invitaron a beber pinga (16) para después de emborracharla, violarla. En la sociedad Krahó no es delito tener relaciones con una muchacha que aún no "tenga dueño" pero el modo sórdido como en éste caso se llevó a cabo, más siendo desconocidos, exigía un pago que fue fijado en una vaca, una lata de kerosene (18 lts.) y unos trozos de tela, de los cuales solamente fueron pagados los dos últimos artículos. Ocurre que en esta aldea, siendo la mayor, no hay alimentos y siguen una política de total dependencia de la FUNAI, influyendo quizás en esta actitud el recuerdo de la masacre sufrida en 1946 con, aproximadamente, 150 muertos.

Los "regalos" que hoy han traído dan una idea de su catadura, el arroz con gorgojos, la sal húmeda mezclada con tierra y los porotos de un tipo que no tiene salida comercial en las ciudades. Con todo, el Parri (17) ha aceptado porque necesita ganar prestigio y hay urgencia de estos artículos. Su hermano Apyjy lo ha llamado para conversar mostrándole su descuerdo aún en el caso de que los productos fuesen de

buena calidad. El Parri ha quedado triste y he sentido pena por él, ya que en su calidad de dirigente necesita mostrar el máximo posible de generosidad para poder ser considerado un buen administrador, de forma que no va a quedarse con nada de lo recibido y todavía tiene que aguantar el recelo de los otros. La generosidad de los dirigentes, siempre temporales, tiene su contrapunto en la avaricia representada por los curadores que conocen cómo enfermar personas en venganza o de encargo, ellos gustan de acumular cosas y exigen siempre pago elevado por sus servicios, encarnan el polo opuesto a los ideales Krahó. Con los años van quedando más y más marginados y finalmente pueden ser muertos, acusados de causar muertes en personas inocentes de la aldea.

El viejo Penó, en medio de toda esta confusión, me ha dicho que quiere charlar conmigo, en la noche dice que me llamará. Un aspecto positivo en la visita de los Kupén han sido que no les han invitado a comer, mostrando así la distancia de la aldea respecto a ellos y lo que representan, esto supone que pasarán hambre hasta que lleguen al puesto donde, eso sí, se atacarán de todos los vicios imaginables, galletas, leche condensada, café, chocolates, etc. guardándose muy bien de compartírselos con las personas de la aldea, para esto viven en una casa de ladrillo, fuera del círculo comunal.

Al marcharse el personal de la FUNAI, una calma, aparente, ha tomado cuenta de la aldea; algunos han comenzado a limpiar las hierbas que van invadiendo el camino de la casa hasta el Ká, es una tarea que todos realizarán antes de la fiesta. Veo, también, que las mujeres preparan bolas de achiote extrayendo el colorante de las semillas cocinadas, para después aplicar los diseños rituales de cada partido humedeciendo las manos con saliva para pasarlas en las bolsas rojas y después en el cuerpo. Cada día el achiote se pasa por todo el cuerpo con fines medicinales preventivos, estéticos y contra los mosquitos; cuando se efectúa algún viaje, cacería, fiesta ritual, casamiento o entierro la pintura del cuerpo incluye el negro extraído del genipapo (18) con los dibujos que corresponden a la mitad en que el individuo está encuadrado así como al propósito con el cual se efectúan. Quien traiga frutos de genipapo en su

vuelta de las próximas cacerías podrá cambiarlos bien ya que no hay árboles de este tipo cerca de la aldea.

Durante la noche, mientras dormía dentro de la casa de mi keti por causa de la lluvia, me he despertado repentinamente sin saber el motivo y he salido afuera también sin saber por qué, no había lluvia y el cielo estaba despejado. Mientras observaba la silueta de la vegetación que rodea la aldea he visto que Koiame venía del Ká, cuando llega junto a mí dice que el viejo Penó está llamándome en el patio; me quedo sorprendido porque no recordaba, en absoluto, lo que me había dicho al medio día respecto a hablar conmigo así que me dirijo hacia el centro y allá lo encuentro sentado junto al fuego tan arrugado su cuerpo delgado, curtido por incontables soles, ágil todavía, no en vano recientemente ha matado un tigre, y cada día camina hasta la plantación y regresa, con su mujer, por el gusto de pasear, lo cual supone unos treinta km. de caminata.

En tono de reproche me pregunta el motivo de no haber aparecido antes; cuando ha comenzado a llamarme, respondo que no he escuchado, creyendo que habría gritado para avisar, y me contesta:

- "Krampn (19), tu dijiste que ibas a venir cuando te llamase y estas aquí pero debes prestar más atención cuando se te habla de lejos. Si no ¿cómo acudirás cuando te llame desde el monte? Acaso yo esté necesitando de tí".

He quedado impresionado y continuo tratando de alcanzar el significado exacto de sus palabras, pero quizás no tengan uno solo, sino varios. Este viejo sabe cosas que ni puedo sospechar, olvido mi sueño y lo escucho con unción, sabiendo que vidas de muchos siglos hablan por su boca:

Un indio vivía apartado con la mujer y siete hijos varones. El padre fue a cazar y los hermanos decidieron seducir a la madre. Convencieron al más pequeño que no quería. Cuando regresó el padre, éste contó lo ocurrido. Después de castigar a los hijos, se encerró en casa y la incendió transformándose luego en un gavilán junto a su esposa.

Los hijos salieron con sus pertenencias y

pararon para beber agua en una laguna seca. Cavarón y el agua, aumentando rápidamente de volumen separó a los hermanos del más pequeño que tenía miedo de saltar. Un cocodrilo agarró al chiquito nadando y lo llevó al fondo, pero éste diciéndole que estaba con frío consiguió que lo sacara hasta la orilla del río. Una vez allí, engañándolo, se escapó mientras el cocodrilo lo seguía. Con ayuda de otros animales que escondían al chico conseguía escapar mientras lo insultaba: Miyti Tokohyti (cocodrilo, cara llena de corteza). Por último la mofeta (20) mata al cocodrilo con su mal olor y el pequeño se reúne con sus hermanos que estaban hospedados en la casa de ella.

Entonces decidieron vivir a la orilla de un gran río (vía láctea) colocándose cada uno en un lugar y el más pequeño atrás. Es por esto que las Krod're (Pléiades) no son almas, sino gente y cuando en junio se bañan producen el ruido de los truenos, desapareciendo y apareciendo al otro lado del cielo.

Así contó Penó, de modo resumido, la formación de ese grupo de estrellas añadiendo al final:

- La gente no vive solamente en este lado; esto te he contado para que sepas, sino en todo lugar.

II

Encuentro a Apyjy sentado al borde del agua después de haber colocado varios anzuelos, al ras del agua, sostenidos por varas, para capturar pintados; ha visto al jabuti (21) en la otra orilla y ésta cantando una canción que improvisa en ese momento:

Kappaaré, kapraaré	<i>El Jabuticito,</i>
Txoanakare, Toxoanakare	<i>en su Diente,</i>
Kavi Iwohvio	<i>Tiene Tiririca,</i>
Kavi Iwohvio	<i>El Jabuti</i>
Hi Kapra Na Am Teré	<i>Encima del palo</i>
Hi Kapra Na Am Teré	<i>Salta el agua.</i>

Quiero saber si vamos a realizar la tingijada (22) prevista y responde afirmativamente, porque necesitamos bastante comida para la fiesta, pero dice también que si lo hacemos en este

río los pescados nos pueden enfermar, por este motivo canta tratando de tranquilizar a los habitantes del río; en su opinión están raros, como asustados, y por este motivo considera preferible ir a otro lugar. Asiento porque ya varias veces ha demostrado un conocimiento especial sobre los seres de las aguas y hoy antes de poder afirmar esto ha pasado toda la tarde, solo, observando minuciosamente cada detalle dentro y fuera del agua.

Al final de la tarde hemos deliberado sobre la propuesta de Apyjy habiéndose considerado oportuno cambiar de lugar. Aquí en el campamento las personas mantienen idénticas posiciones a las utilizadas en la aldea tanto para hacer los fuegos, y por tanto dormir, como para asistir a la puesta y salida del sol.

Koiame, Vitó, Pottí y Nhorré han traído los cipós que servirán para envenenar el agua, los han dejado amarrados en grandes haces para ser transportados de este modo hasta el lugar elegido, a unos diez km. del campamento. Junto con Apyjy y Krokrok salimos, después de cenar, hacia el río donde tendrá lugar la pesca colectiva; nuestro mayor experto en pesca quiere comprobar la inexistencia de impedimentos o contraindicaciones que puedan malograr el éxito final de la pesca. Caminamos charlando animadamente sin la tensión que acompaña al camino de una cacería. Llegamos a la parte del río donde existen unas lagunas próximas, de pequeño porte, que se llenan de agua en la época de lluvias permaneciendo todo el año con agua, aún soportando una pequeña disminución. Queremos comprobar si hay suficiente cantidad de peces dentro porque es un lugar ideal donde no se necesita efectuar el trabajo de represar el río.

Esperamos el momento en que el mutum (23) canta por segunda vez, ya que antes el barullo es muy grande en el agua y podemos tener una falsa impresión; interesa principalmente que haya peces de tamaño grande y esto se puede comprobar mejor más tarde. Aprovechamos para colocar unos anzuelos tanto en el río como en dos de las lagunas, para lo cual previamente hemos necesitado cazar unos insectos voladores que sirvan de señuelo ya que los tres saltamontes que traíamos resultaban insuficientes. Con éstos



cebos hemos pescado varias trafras (24) que a su vez sirven para atraer a los peces más grandes como pintado y pirarucú. Parece que en estos laguitos no hay demasiada pesca, salvo en uno de los extremos donde abundan árboles caídos dentro del agua y existe una pequeña isla. Seguramente la tingijada se llevará a cabo en el río de modo que necesitaremos trabajar duro. Levantamos los anzuelos al cabo de unas horas, junto con ellos salen cuatro pintados, un Kará y un aruaná mordido por las pirañas del que prácticamente solo queda la cabeza. Es un resultado medio decepcionante, más aún si le añadimos la pérdida de dos anzuelos. Con los peces ensartados en una horquilla emprendemos el regreso al campamento.

Es tan hermoso caminar en la noche con la luz de estos miles de mundos resaltando el camino que no siento sueño, ni el cansancio de un día que dentro de poco va a cumplir veinticuatro horas de actividad ininterrumpida. Tropiezo, a veces, por mantener la vista en las estrellas, pero es una fuerza demasiado poderosa como para olvidarla, no es extraño que en esta cultura pasemos tantas noches deambulando o simplemente despiertos contemplando la bóveda celeste. Entretenido por estos pensamientos choco, mientras caminamos en fila

india, con la espalda de Krokrok que se ha detenido súbitamente mientras señala una pared de piedra fuertemente iluminada por luz blanca. Apyjy grita asustado: ¡Mekaron! ¡Mekaron! (25) en tanto que yo trato de racionalizar diciendo que es la luz de la luna reflejada en la roca. En esto miramos al unísono hacia el satélite que se halla cubierto parcialmente por pequeños jirones de nube; de cualquier forma está comenzando el cuarto creciente y su luz es débil.

Antes que pueda volver mi vista hacia la roca, Apyjy, ya corre escapando como endemoniado, la piedra a continuar brillando, Krokrok y yo corremos también con todas nuestras fuerzas, un sudor frío corriendo a su vez, por la frente y la espalda, llamamos a Apyjy que continúa veloz sin hacernos caso, se rompe la horquilla donde iban ensartados los pescados pero no me vuelvo a recogerlos; sabemos que solamente saliendo a terreno limpio habrá alguna tranquilidad; a los mekarones les gusta el mato cerrado tanto como a los Krahó la sabana despejada.

Apyjy se ha perdido de vista y a mí me parece que en cada tronco de árbol seco puede aparecer un mekarón, el pavor nos hace ver espejismos por todo lado y ya no sé si, por acaso, hemos atravesado una aldea de imágenes; éste es

el significado de la palabra mekarón. A ellos les gusta construir sus casas en lugares oscuros de mucha mata, con agua en el interior del círculo, en lugar de fuera como los Krahó, les gusta molestar y no tienen ninguna regla de comportamiento, ni siquiera entre sí, vagabundean en la noche principalmente, puesto que cada persona, cuando duerme, deja salir su mekarón pudiendo saber por donde anduvo al despertar, cuando uno recuerda lo soñado. Son mekarones también las personas muertas, claro que un poco diferentes ya que viven en sus propias aldeas y, a veces, gustan vengarse de los vivos mientras que los otros muestran cosas lejanas, o por suceder, a las personas a quien pertenecen, advierten de peligros o suministran información acerca de plantas, animales u objetos donde han conseguido entrar. Mekarón es para una persona la imagen contraria, el responsable por sus acciones contradictorias, quien no está sujeto a las normas culturales, lo que permanece en el tiempo inalterable como una fotografía, el proveedor del conocimiento mágico. Son temidos porque pueden arrastrar a una persona hacia su mundo, antitético de lo que un Krahó entiende por civilización, hacia el caos, la oscuridad y la falta de vida.

Durante más de media hora hemos corrido sin descanso juntándonos ahora de nuevo; en pie, alertas todavía, vamos haciendo calmar el susto y el corazón. Nerviosos aún, las manos no consiguen asegurar con firmeza los objetos, mientras efectuamos el recuento de nuestras pertenencias. Hemos perdido los pescados, una linterna, un machete y una calabaza para transportar agua, pero nadie da mucha importancia a esto ante el peligro que hemos pasado de ser llevados por ellos. Ahora es necesario orientarnos de nuevo, para regresar al campamento, debido a que el miedo nos ha hecho correr en cualquier dirección; afortunadamente la noche es clara y el regreso no supone mayor dificultad.

Llegando a los fuegos todos se han despertado para escuchar el relato y han comenzado las cábalas acerca del camino a tomar mañana para llegar a las lagunas evitando la más mínima posibilidad de atravesar tan peligroso territorio a pesar que durante el día es difícil tener un encuentro de esta naturaleza. Creo que nadie ha dormido en lo que resta de noche; al-

gunos nos hemos echado con los ojos brillando como luciérnagas; otros, sentados junto al fuego, han continuado charlando hasta el amanecer, solamente algunos de los niños más pequeñitos han conseguido conciliar el sueño.

En la mañana el campamento ha quedado prácticamente abandonado ya que casi todos nos hemos encuadrado en la expedición de pesca o en la de caza que los jóvenes han organizado. Por un lado las mujeres, niños y cinco hombres, dos de ellos viejos, vamos a pescar; el resto de los hombres va a realizar una caza con fuego.

Durante el viaje, para mí de regreso, a las lagunas, el principal tema de conversación son los mekarones, lo cual me crea una aprehensión especialmente enojosa. Por fortuna los hombres nos hemos adelantado, excepto Penó, para avanzar sigilosamente y tratar de cazar alguna cosa para la comida. Las mujeres, caminando más despacio con los niños, van recogiendo raíces o plantas medicinales, miel, huevos, cocos; los niños más crecidos, con sus arcos pequeños, van ejercitándose flechando iguanas u otros posibles alimentos al tiempo que aprenden a distinguir con sus mamás y abuelas los usos de las plantas; cómo extraer el veneno para hacerlas comestibles, cuáles son las más nutritivas o cuáles las flores más dulces que utilizarán como golosina, así como a reconocer los distintos pájaros por su canto.

Nuestro intento de cacería no ha obtenido resultados concretos, creo que tampoco pusimos mucho interés porque en seguida hemos comenzado a charlar, aún habiendo visto un venado matero que ha salido corriendo; tenemos pocas flechas de caza, casi todas son de pesca, y nuestro pensamiento, creo, está más cerca del río que de los árboles. Ha pasado una bandada de loros, abandonando toda atención por el venado, comenzaron los Krahó a interpretar su conversación, medio en serio, medio en broma, mientras las aves volaban en círculos sobre nosotros. El asunto, aun siendo improvisado, me ha hecho recordar algunos relatos míticos sobre la creación; de todas formas los mitos y leyendas no son algo desconectado del acontecer diario sino, bien al contrario, se renuevan constantemente, enriqueciéndose o sustituyendo algunos elementos, de ahí que los mismo relatos varíen

LA FIESTA DE LA PAPA

dependiendo de la persona que los cuenta dentro de una aldea y mayor es la diferencia si pertenece a otra comunidad. En esta ocasión decían que los loros habían advertido a los peces para que se pusieran a salvo en un lugar escondido pero estaban dispuestos a revelar el escondite si les entregamos collares de tiririca. Cuando el viejo Pohí les ha hablado en su lengua, con toda perfección, ofreciendo discutir la cantidad de collares, han contestado que si se paraban a conversar los íbamos a flechar para agarrar sus plumas de modo que se han ido sin despedirse.

Haciendo risas acerca de este incidente esperamos la llegada de las mujeres que vienen cargando los cipós (26) y lo que hayan podido recoger en el camino. La sorpresa que nos traen es un hermoso tatú (27) capturado por lo chicos; decidimos asarlo junto con yuca y camote. Después de este aperitivo continuamos hasta el río donde, nada más llegar, se comienza la construcción de una presa clavando estacas que sostengan el ramaje y las hojas de palmera que van a impedir a los peces escapar, así como ayudar en la concentración del veneno. Es la parte más ingrata del trabajo pero igualmente lo realizamos con calma y buen humor. Finalizado el cierre subimos río arriba armados de largas varas para volver a descender golpeando ruidosamente la superficie del agua, obligando a los peces a bajar hacia el lugar donde ya están batiendo con palos los haces de cipós de forma que su savia vaya mezclándose con el agua. En una parte rasa del río, encima de la presa, se encuentran los pequeños con sus arcos a objeto de no permitir la salida de ningún pez.

Habiendo sacado todo el jugo venenoso, de color blancuzco, nos preparamos para flechar los peces de mayor tamaño que solamente quedan atontados, mientras las mujeres recogen los más pequeños en sus canastos de paja. Los niños varones también manejan hábilmente sus arcos y esto se convierte en una fiesta dada la abundancia de pescados que estamos recogiendo. Parece que no van a ser suficientes los cestos que las mujeres han confeccionado durante todo el día ayer, por lo que tendremos que dejar los de menor tamaño. Acabando de recoger todos los peces en la orilla hemos traído más hojas de burití para cargar todo lo que podamos aunque el problema reside en la falta de hombros y

cabezas para cargar, cada uno de los adultos, podemos con tres cestos, dos en los hombros y otro colgado de la frente.

Están pensando en abandonar lo sobrante; en mi ingenuidad siento pena creyendo que es desperdicio, matar por matar, hasta que me dicen: "¿acaso los otros animales no van a poder comer?". Callo, avergonzado por mi falta de capacidad para entender las relaciones de equilibrio en este eco-sistema. Antes de marcharnos ya han aparecido, buitres, gavilanes, colhereiros, tuiuis y otros pájaros menores a compartir nuestra mesa; realmente impresiona este festín con invitados tan variopintos en animada digestión, los niños gritan y ríen, los buitres disputan cada pedazo, hombres y mujeres charlamos, otros pajaritos esperan las sobras; no faltará algún cocodrilo que intente sacar partido de esta algarabía.

De regreso al campamento todavía los muchachos no han aparecido, lo cual es buena señal, esperamos reunir una buena cantidad de comida para poder obsequiar con generosidad a los visitantes de las otras comunidades y ganar de este modo prestigio, ante ellos, como aldea. Nos dedicamos a preparar un lugar con hojas de palmera babacú (28) donde pueda mantenerse fresco lo pescado hasta mañana, cuando lo hagamos secar. Anocheciendo se escuchan los avisos de llegada, salimos, los hombres, para saber lo que han cazado y ayudar en el transporte; éste es un signo de reconocimiento hacia quien vuelve de caza. Dos venados, cinco pacas, cuatro capiwaras, seis chanchos del monte, dos tatús y una serpiente cascabel se balancean en la espalda de los cazadores sujetos a la frente por tiras de embira, sus pieles vienen teñidas de rojo por el achiote con que los hombres han pintado su cuerpo ritualmente para la expedición. No menos de veinte kms. han caminado cargando este formidable peso además de sus arcos, escopetas, machetes y moocós pero llegan satisfechos, orgullosos, caminando ligero como si recién estuviesen partiendo.

Ojos en blanco, lengua afuera, la temida cascabel continúa imponiendo respeto aún ahora; dicen que por cada anillo en su cascabel se cuenta un año de vida, de ser cierto debe

tener ocho; tiemblo solamente de pensar en tropezar con ella enrollada ya que, en esa posición, puede dar un salto equivalente a la longitud de su cuerpo y éste debe tener unos dos y medio metros. Van siendo desollados rápidamente, evidenciando los Krahó un perfecto conocimiento de su anatomía; aparece un feto, en avanzado estado de gestación, dentro de una de los venados. Van dejando, poco a poco, de ser animales diferenciados para convertirse en pedazos de carne que por unos días nos harán salir de la dieta vegetariana; todo se aprovecha, excepto las pieles, incluyendo una generosa ración para los perros. Colocamos las cabezas en el río para que las pirañas acaben de limpiarlas, pudiendo después extraer los dientes y colmillos que servirán de adorno en los collares. Después de cenar comienza la narración de la cacería, contando cada uno su participación en ella, de modo que van haciendo individualmente su discurso ininterrumpido, demorando entre media y una hora para concluir cada relato. Van contando con tal prolijidad de detalles y utilizando figuras comparativas tan bellas que darían envidia a muchos escritores famosos.

Haciendo una síntesis de lo narrado, la cacería ha comenzado distribuyéndose los hombres en un gran círculo donde previamente marcaron varias puertas o salidas. El estudio de la dirección del viento y sus posibles cambios, es uno de los factores determinantes para el éxito de la empresa. Decidido el momento cada Krahó da fuego al pasto de la parte del círculo que le corresponde, vigila, por un tiempo, que el fuego no se apague y avance en la dirección correcta para que el cercado de llamas sea tal, sin fisuras que puedan quedar descontroladas por donde escapan los animales. Habiéndose certificado de esto corren hacia la salida que les corresponda, juntándose varios en cada una, esperando que los animales acorralados vayan saliendo, momento que es aprovechado para abatirlos. Resulta un tipo de cacería peligrosa por los repentinos cambios del viento que pueden encerrar también a los cazadores en el círculo de fuego. Si sumamos el calor propio del día al del fuego y añadimos el de las carreras que sin cesar tienen que efectuar para escapar del

fuego y perseguir a los animales podremos comprender la dureza de este tipo de caza; se lleva a cabo únicamente cuando es necesaria gran cantidad de alimentos, o con motivo de fiestas o celebraciones rituales que concentran muchas personas.

Mañana secaremos una parte de la carne, otra será salada y, probablemente, pasado mañana volvamos a la aldea. Nos dispersamos, cada uno a su fuego, para dormir, mientras algunos continúan conversando sobre las emociones vividas en la caza; quizás lo hagan durante toda la noche ya que la mera descripción del salto en el momento que el venado era alcanzado por el tiro puede demorar quince minutos para seguidamente comenzar la discusión sobre el tipo de nervio o músculo afectado pareciendo más cirujanos que cazadores.

III

Unos aquí, otros allá, dispersos estamos recogiendo semillas de tiririca para los collares de fiesta; pienso hacer uno de color negro brillante para regalar a mi pintoxoi (29), escojo las de tamaño mayor procurando distinguirlas del resto a través de sus envolturas protectoras; requiere concentración éste trabajo y en ello estamos todos afanados cuando se escucha, desgarrador, un grito infantil pocos metros más abajo donde los niños jugaban; al instante he salido, corriendo sin mirar por donde, olvidando mis pensamientos que fantaseaban sobre la fiesta, ocupada ya la mente por la imagen del niño xavante, de unos trece años, a quien la boa asfixió y tragó antes de que sus padres acertasen a llegar; la misma cobra que días después apareció muerta flotando en el río, cerca de Bara do Garcas, con el cuerpecito aún dentro de ella.

Corro, corro con la fuerza de la desesperación, corro sin sentir los espinos ni las ramas que golpean mi rostro; corro tropezando tambaleante hasta encontrar los llantos presos en el suelo de abundantes hojas por la telaraña de raíces, Kropukoi, de unos cuatro años, sangrando abundantemente de su cuello finito, tan delgadita ella, sus enormes ojos asustados

LA FIESTA DE LA PAPA

mirando la sangre que desliza por el pecho, van llegando Apyjy, su padre y los demás; Apyjy, viendo la herida de lejos, sin acabar de llegar, se ha desviado entrando por el mato en otra dirección, ha regresado en instantes con unas ramitas que va deshojando mientras corre, las ha aplicado en la herida presionando con su mano durante un largo tiempo, mientras abraza a su hijita y canta una canción parecida a una nana, con evidentes efectos sedantes, siendo al mismo tiempo una incautación especial para que la sangre y la vida dejen de fluir fuera del cuerpo de Kropukoi.

Hemos liberado el pie de las raíces, la sangre deja de salir y el silencio es convidado especial en esta escena, parando la sangre han cesado todos nuestros frenéticos movimientos, echada la niña, el resto en cucullas, solamente los pájaros entran y salen sin cesar, su canto suena con fuerza, ahora, tan variado, tranquiliza mi espíritu, algunos monos curiosos se acercan también, despacio, escrutando con atención y llamándose unos a otros, mostrando con sus largos brazos el cuadro de la manada de hombres agachados, allá abajo, en torno a su cría, preocupados y en silencio, tan indefensos deben aparecer a sus ojos los hombres ahora. No sangra más la herida, Apyjy es curador e incipiente cantador, una de las personas más divertidas de la aldea, hace gala de una creatividad inagotable, pescador sin igual, característica esta extraña a los Krahó, y cazador de tatús siguiendo la costumbre de que cada persona se especialice en un tipo de animal; viendo que el color vuelve al rostro de Kropukoi está haciendo una broma para romper el clima de tristeza:

- Los tatús han excavado entre las raíces, haciendo caer a mi hija, para vengarse por los tres que maté ayer.

Lo estoy mirando fijamente mientras el resto ríe descontraído, sonrío a su comentario pero no puedo dejar de pensar en el castigo que los Rompinos (30) de Kropukoi le han de aplicar cuando regrese a la aldea y sepan lo acontecido. Es considerada falta grave el hecho de que un hijo sienta dolor, especialmente si existe pérdida de sangre, se supone que con la sangre se pierde parte de la vida y de ello es culpado directamente el padre. Por esta razón entre los Krahó

existe el entierro secundario, efectuado después del primer entierro del cuerpo, cuando éste ya ha perdido toda su sangre y es, por tanto, considerado realmente muerto; en este segundo entierro se lavan y pintan finalmente los huesos para ser sepultados de nuevo. A Apyjy lo van a castigar duramente los parientes de la niña, y esto me hace pensar en el inmenso amor que los Krahó tienen por sus niños y en la actitud de los blancos a quienes ha visto pegar fuertemente a su hijo mientras se encontraba llorando después de sufrir una caída.

IV

Me han hecho desesperar tal cantidad de espinas chiquititas, en el pez eléctrico; rica es su carne, pero mis encías están acribilladas por invisibles punzadas que me recuerdan las flechas mágicas enviadas por un curador malvado cuando quiere hacer enfermar a una persona. Más aliviado ahora, termino comiendo un camote asado aconsejado por Diná (31) para arrastrar las últimas espinas que quedan en mi boca. Nos divertimos hablando alto, de un fuego familiar a otro, sobre el susto que nos ha dado el pez eléctrico; las mujeres hacen chistes acerca de un hombre con su pene convertido en este animal, nos reímos tanto que solamente nuestras carcajadas se escuchan en la selva, parecería como si el resto de los animales hubiesen callado para comprender el motivo de nuestra alegría.

En un momento, sorprendentemente, Nhorré se ha levantado alzando su moocó, ya listo, y ha salido sin decir nada, internándose en la noche incierta, lejos de la tranquilidad de las hogueras. Pregunto a Kupon, sentado junto a mí, el motivo de la salida de Nhorré: "Hoy ha visto caa, dice; esto me ha sorprendido porque no está llevando ninguna arma aparte del machete. He sentido un enorme deseo de acompañarlo y, sin pensar en otra cosa, salgo corriendo tras él, atravieso la luz anaranjada del campamento para entrar en la blanca de la noche estrellada, adornada, en una esquina por delgado hilo de luna que no empalidece la oscuridad, como ocurre cuando es grande y orgullosa. Es la noche preferida por los Krahó para cazar o contemplar "porque se ve más". Alcanzo a Nhorré y le pregunto si lo puedo acompañar; allá vamos, invitado por su sonrisa

sin palabras, no sé a donde, buscando un zorro en este laberinto de agua, plantas y animales.

Caminamos en silencio, largo tiempo, siguiendo un recorrido caprichoso en apariencia, pero que obedece al rastro del zorro. Los perros, adelante, también han enmudecido; en la salida cortamos una rama de sucupira (32) del tamaño del machete aproximadamente, acarreo este mientras Nhorré lleva la mini-borduna (33). La luna se ha elevado resuelta sobre la masa de vegetación alta que bordea el río, ya se ha escuchado el canto del mutum y ahora estamos agazapados entre las ramas de un árbol no muy alto, en un lugar limpio de árboles dispersos, a unos quinientos metros de la vegetación espesa; Nhorré me ha dicho que antes del canto del avestrúz la zorra saldrá, de modo que esperamos tranquilamente recostados en sendas ramas gruesas, sin movernos, escuchando los variadísimos cantos de sapos, unos como silbido, otros de tres gritos seguidos, más en forma de ronquido, también semejando catarata de notas y algunos esporádicos como cuando en las orquestas afinadas entra el fagot; cierro los ojos, abandonado a la música, tratando de no dormir arrullado por el canto, mi cabeza recostada en una horquilla de ramas, no puedo reclamar de esta cama improvisada; cuando abro los ojos veo a Nhorré, también recostado, sus ojos abiertos escrutando la frontera entre sabana y selva, observándolo siento mi flaqueza. Representamos la diferencia entre estar de excursión y estar viviendo realmente la cacería; me avergüenzo, continuo mirándolo tratando de imitar sus más mínimos gestos, quisiera saber lo que ahora está pensando, por qué lugares del interior de la selva oscura vaga su imaginación, al mismo tiempo que controla cada rama que se mueve, cada brillo insólito en todo el campo que nuestra vista abarca. Ya ha cantado el avestrúz, pero seguimos sin ver nada; voy poniéndome nervioso a medida que el tiempo pasa creyendo que esa zorra ha desaparecido, seguro que ha olfateado nuestra presencia a pesar de los cuidadosos cálculos tomados antes de iniciar la espera. Voy distrayendo mi atención, cansado de tan larga demora procurando buscar distracciones y confiando en que mi compañero cumpla con nuestra obligación; definitivamente me siento inútil.

Mirando a otro lado y ocupado en estos

pensamientos solamente he podido escuchar el ruido de Nhorré cayendo al suelo, de modo que cuando he mirado al frente él ya estaba corriendo velozmente hacia la izquierda, no he visto el zorro, ni tiempo he tenido de calcular el salto, simplemente he caído de cualquier forma preocupado por no perder el bulto oscuro en que mi amigo se ha convertido. Corro con toda mi alma intentando que la distancia entre ambos no aumente, he perdido el temor a pisar alguna serpiente que antes me embargaba, corremos subiendo una pequeña ladera y esto hace que no haya perdido de vista aún al cazador, pero ya a mi corazón lo siento ridículamente pequeño, Nhorré va dando unos gritos agudos y breves, por veces sigo a los gritos, otras aparece la figura oscura, pero todavía no he visto a la zorra. Ahora ni veo, ni oigo; sigo corriendo en la dirección que se han perdido cuando escucho nuevamente mi nombre "Krampn", "Krampn", me acerco hasta el nido de termitas donde está oculto Nhorré y lo primero que veo es su ancha sonrisa de satisfacción, comparable a la de un niño cuando recibe de sus padres una cría de papagayo o de venado para que lo cuide. Me señala el lugar donde está el animal descansando, todos lo necesitamos y yo más que nadie; dice que es hembra cuando todavía no estoy seguro de que sea pura fantasía, trago aire por la boca como si de un momento a otro se fuese a acabar.

Mi amigo observa atentamente y sale corriendo de nuevo, junto a los perros, no puede dejar que la zorra descanse demasiado, voy tras él y ahora sí, entre el pasto, va serpenteando el animal, cambiando de dirección continuamente, esto es bueno para mí que, como cola de cometa, puedo correr en línea recta. Hemos entrado en una zona de árboles más cerrados, me pregunto cómo vamos a hacer para encontrarlo aquí, en éste laberinto de vegetación, pero lo mismo Nhorré corre sin dudar un instante; parecería que, de proponérselo, podría darle alcance con un poquito más de esfuerzo, realmente es increíble su velocidad, algo que solamente puede adquirirse corriendo cada día con esos troncos enormes sobre el hombro, en la primera hora de la mañana. Parece que la zorra ha subido a un árbol, mi amigo está subiendo también golpeando el tronco con su borduna para asustarla, aprovecho para descansar mientras contemplo la

escena, afortunadamente toda esta correría está a punto de acabar y podremos aprovechar las horas que aun restan hasta el amanecer para dormir un poquito. Va a descargar su borduna contra el animal cuando ¡Nó!, inesperadamente, ha dado un tremendo golpe contra la rama para hacerlo desequilibrar y caer; junto a mí, sobre unas hojas de bananera brava, ha caído, yo más sorprendido que él lo he visto alejarse velozmente al tiempo que el salto y grito de Nhorré han servido para que salga de mi estupefacción y comience de nuevo a correr desesperadamente entre los juncos, hojas de bananeras, árboles, arbustos y tierras semiempantanadas, correr, correr, correr, me siento tan anonadado como mi compañero Krahó satisfecho; para él es un juego emocionante que pone a prueba sus facultades tanto físicas como mentales; para mí además de una maravillosa experiencia queda la obligación de seguirlos si no quiero extraviarme en esta maraña vegetal desconocida.

Seguimos corriendo con breves intervalos de descanso en los que el Krahó estudia a su presa, a veces pronostica el lugar donde se va a esconder y acierto, existe una fusión extraordinaria, para mí, de pensamiento entre canino y humano. Estoy cansado, pero ya sólo siento, a cada momento algún detalle me sorprende en esta alucinante carrera. Nhorré da un gran rodeo para asustar a la zorra por detrás, da un grito potente para que salga hacia mí yo salgo corriendo hacia ella gritando también, agudamente como he aprendido en la aldea, no sabe qué hacer el animal y ensaya otras escapatorias, vamos tras él sin dejar de gritar. todos estamos cansados exhalando por nuestras bocas toda una noche de alocadas carreras, según me dice Nhorré la zorra babea, no sé donde habrá encontrado el indicio porque no hemos parado de correr, yo también lo haría si no hubiese tragado toda la saliva de mi boca, él, empero, se mantiene tranquilo como si todavía no hubiese comenzado la noche.

En el horizonte ya se perfila la silueta de los cerros coronada por un pálido azul. Nuestra presa se ha refugiado en un pequeño promontorio rocoso, vamos acercándonos uno por cada lado mientras la vemos avanzar hacia una pared vertical de donde no va a poder salir: según Nhorré va a esconderse en un pequeño hueco

que existe del otro lado y no puedo menos que admirarme por la estrategia de acorralamiento que ha usado; si quisiera podría ahora atar una sog a su cuello y regresar al campamento como si hubiese capturado una gatita mansa.

Ya medio cielo es azul y nubes blancas han aparecido donde comenzó la claridad, nos encontramos justamente encima del hueco donde, unos dos metros más abajo, se ha refugiado la zorra; mi compañero va descendiendo con cuidado por la roca vertical, se acerca hasta el animal y durante unos breves instantes se miran sin cólera quienes durante toda la noche han ido conociéndose; pienso que este momento es esencialmente religioso, no lo podría definir de otro modo; levanta su borduna y golpea con fuerza, en un lado del rostro; desplazado el animal, resbala por el hueco estrecho cayendo al pie de la loma, unos quince metros más abajo. Miro fijamente el cuerpo inerte mientras Nhorré va subiendo y los perros olisquean el cadáver; sentados en silencio observamos los tonos rosas que van naciendo entre jirones de nube como un símbolo de renovación, muerte y vida juntos de la mano, inseparables, indispensables uno para el otro, vienen a mi recuerdo las palabras que un día yendo de la aldea Pedra Branca a la de Rio Vermelho pronunció otro Krahó después de matar una paloma que se estaba bañando con arena: "Que la vida es así; existen dos puertas, una de la vida y otra de la muerte. Que todos caminan por el mismo camino, todos juntos, el hombre y los animales".

Hemos quedado sentados aquí mismo todo el tiempo que ha durado el amanecer hasta la salida del sol. De algo estoy seguro, nunca olvidaré tanta belleza como se ha reunido en este momento. Cuando el sol ha salido hemos partido para recoger la zorra muerta, tanto Nhorré como yo pertenecemos a la misma mitad, Wakamiye, la que cada día observa desde su lugar en el patio este momento de la salida del sol, por ello es para nosotros un momento muy especial, con el que estamos identificados plenamente, el momento de las principales decisiones, el tiempo que marca nuestra forma de ser.

Regresamos al campamento después de amarrar el animal con tiras de corteza, embira

(34), que rodeando la frente mantienen la carga colgando en la espalda. Con la luz del día puedo comprobar que no nos hemos alejado demasiado del campamento; pasamos la noche yendo y viniendo en una zona bastante reducida. Podemos divisar el humo, desde lo alto de un cerro pequeño, a un kilómetro, aproximadamente, de distancia. Nhorré hace sonar su silbato de calabaza para avisar que llegamos con caza, esperamos sentados y no tardan en aparecer, corriendo, los jóvenes para cargar el animal. Nhorré y yo vamos al frente descansados sin cargar nada, separados del resto por un halo de importancia; en la entrada del campamento esperan las mujeres con sus niños, Kupon, Pohi y los demás. La mujer de Nhorré se acerca a él sin abrazarlo pero compartiendo el orgullo del cazador, una ancha sonrisa domina su rostro, el resto de las mujeres ríen y comentan ruidosamente, los hijos del cazador trepan por sus piernas hasta que los alza uno en cada brazo, llegan los jóvenes y todos pasan a observar el animal; sin demora, los mismos jóvenes comienzan a desollarlo. Comemos, charlamos, reímos y todo continúa de nuevo reunidos en el baño matutino.

V

Durante la mañana han llegado diversos rumores acerca de la llegada de la aldea Cachoeira; ahora se confirman cuando suenan las trompas de cuerno y los silbatos. Todos los hombres, ya desde la mañana pintados ritualmente, nos colocamos en el Ká formando un cuadrado con cinco personas en la fila primera, a saber, los viejos Penó y Pohí, el Kraté (35), el cantador Baú y yo. El Kraté ha adornado alrededor de su boca con pequeñas plumas de papagayo pegadas con resina, palo de leche; el resto de las mejillas ha pintado con genipapo. La colorida columna de visitantes comienza a aparecer en lo alto de la colina que precede a la pequeña meseta donde está situada la aldea; vienen caminando durante sesenta kms. cargando sus pertenencias de viaje, equivalente a decir todo lo que poseen. Decenas de perros corren adelante y atrás por la fila, cada persona lleva, en su cesto de buri, la estera para dormir, fósforos, machete, sal, cobertor, anzuelos, munición si tiene escopeta, olla si es mujer y los

adornos ceremoniales. Sobre algunos hombros aparecen loros, apoyados en caderas niños chiquitos, todos los cuerpos pintados de rojo y negro, el cabello brillante por el aceite de coco babacú, ciñendo la cabeza de los hombres adornos de paja con forma de V al frente, las mujeres luciendo collares de tiririca o mostacilla de colores tan voluminosos que marea tratar de contar las vueltas. Todos traen sus cabellos recién cortados, largos atrás hasta media espalda y muy cortitos encima de la cabeza, formando círculo, con una línea finita de cuero cabelludo, que separa ambas partes, pintada con achiote colorado. Los hombres con sus aretes cilíndricos de madera insertados en el lóbulo muy deformado por el continuo aumento del grosor. Son pintados en la parte frontal con achiote y representan el conocimiento del universo que para los Krahó se adquiere a través del oído.

Se ha detenido la larga marcha, mientras los mensajeros avanzan para hacer las presentaciones de rigor, después de un breve intercambio de palabras con el Kraté regresan para acompañar a los invitados que, lentamente, semejando una serpiente coral, van entrando, como si de un solo cuerpo, largo y sinuoso, se tratase. Los hombres continúan directamente hasta el centro del Ká donde los esperamos en cuanto que las mujeres se desvían, por el camino Krikatí, al encuentro de sus colegas en ésta aldea.

Resulta de una belleza sobrecogedora asistir a la marcha de una comunidad Krahó con todas sus pertenencias, preparados para afrontar cualquier decisión repentina que obligue a cambiar de planes, ausentándose por meses de su aldea matriz. Los hombres de la Cachoeira van cumplimentándonos uno por uno, uno por uno ceremonialmente para después romper la formalidad ritual comenzando a relatar las noticias del camino y de los últimos tiempos. En instantes cada grupo de edad, de las dos aldeas, se ha juntado para compartir los intereses comunes; la educación y la vida Krahó, como en el resto de los pueblos Timbira, está basada en los grupos autónomos entre sí, cada uno con su rol específico en la vida de la comunidad, pero al mismo tiempo siempre en contacto, observando y conociéndose profundamente.

LA FIESTA DE LA PAPA



El cantador de la Cachoeira ha comenzado a cantar dando vueltas por el camino Krikatí, actuando especialmente para las mujeres aunque todos lo podemos escuchar. Según dicen es uno de los mejores, en el sentido que no descansa, cantando noche y día de modo que las mujeres lo quieren muchísimo; parece que en la aldea Pedra Furada se han ofrecido para construirle una casa, además de una jovencita linda, que sería feliz de poder casarse con él, y comida como para no tener necesidad de trabajar la plantación propia. ¿Quién se negaría? Pero, claro, los cantadores son seres especiales, quienes a través de sus canciones transmiten los antiguos y nuevos conocimientos, los mitos y leyendas, las noticias, quienes hacen bailar a los hombres y cantar a las mujeres, quienes, en definitiva, tienen encerrada el alma de la aldea dentro de su maracá. ¿Cómo preveer su reacción? Espero, expectante, la postura de Baú ante este desafío.

Durante toda la tarde las mujeres continúan rallando yuca para preparar el pastel ritual berubú, común a todas las naciones del tronco Timbira (36) (Xanante, Kayapó, Ronkakaimekra, Apinaje, Canela..) confeccionado a base de yuca rallada, sal y pedazos de carne en su inferior. Al anochecer se preparan los fuegos para calentar las piedras sobre las cuales, una vez bien calientes y esparcidas en el

suelo, se coloca la masa envuelta en hojas de bananera brava, cubriéndose todo con abundante tierra.

Al anochecer han llegado los de Rio Vermelho, los jóvenes han salido con antorchas a recibirlos, como si de un espectáculo de fuegos artificiales se tratase; los niños chiquitos cogiendo cualquier pedazo de palmera encendido salían corriendo hasta que se apagaba, algunos llegaban hasta el río, de modo que un buen trecho del camino quedaba iluminado con luces intermitentes, parecía hecho a propósito en homenaje a los visitantes. Con esta llegada la locura ha entrado también a la aldea con fuegos por todo lado, tantos animales de estimación rondando por aquí y por allá que parecía el arca de Noé, había iguanas, crías de venado, de avestruz, papagayos, monitos, tucanes, loros, gallinas, chanchos y hasta una cría de tatú que los de la Cachoeira habían encontrado por el camino. Los chicos no paran de correr por todo lado jugando, igualmente los jóvenes parecen especialmente agitados yendo y viniendo con sus recién llegados compañeros; los mayores quieren saberlo todo, rumores, noticias, fantasías se mezclan sin importar la verificación, por otro lado imposible.

Antes de la media noche un numerosísimo coro de mujeres ha comenzado a cantar bajo la batuta de Baú; nunca había visto tan grande grupo porque debe tener unas treinta componentes. Los jóvenes bailan acompañando las evoluciones de Baú hasta que éste repentinamente da la vuelta encarando a los danzantes y corriendo atrás, por lo que nos alejamos, sin dejar de bailar, hacia el centro del Ká. El cantador regresa y nosotros también, en sucesivas oleadas, cantando y bailando sin cesar hasta el final de las larguísimas canciones; cuando una acaba, las mujeres callan por breves segundos, pero el maracá continúa sonando para inmediatamente comenzar. Baú, una nueva canción, y las voces femeninas atrás, una y otra vez durante toda la noche. Los corredores de troncos, es decir todos los hombres adultos, escuchan sentados al otro lado del Ká porque mañana la prueba es dura; aun así no han de descansar más de cuatro o cinco horas. Quisiera que quienes llaman salvajes a estos pueblos escuchasen su canto, en tan incomparable marco,

porque realmente hace enmudecer.

Amanece con el Ká rebotante de hombres, ofreciendo una sensación de poderío que nunca antes había conocido; cada uno de los visitantes se sitúa en el lugar que ocuparía en su propia aldea. Los cuerpos pintados asemejan cuadros abstractos, Katamiyé con sus diseños horizontales, Wakamiye verticales, actitudes de profunda concentración en cada uno otorgan a este momento una fuerza especial, como si de la energía de todos dependiese que el sol salga o continúen las tinieblas.

La reunión posterior no se prolonga, habiendo informado que seguidamente se correrá el tronco de la papa, nos dispersamos para fabricar adornos de paja que son colocados en el cuello y la frente dejando largas tiras colgando sobre la espalda a semejanza de colas de caballo. Los troncos ya fueron transportados ayer hasta el lugar de partida; en esta ocasión no son de buriti sino de sucupira, una madera blanca, muy dura y pesada, cortados en un tamaño inferior al acostumbrado y ligeramente excavados en sus extremidades para facilitar el manejo. Durante la semana atrasada han permanecido dentro del agua haciendo intentos los hombres, cada día, para levantar los troncos y salir caminando con ellos hasta la orilla. Al comienzo solamente uno o dos lo consiguieron, pero poco a poco todos lo lograban, excepto yo. Grandes exclamaciones de alegría, cada vez que uno lo sacaba, creaban un ambiente festivo en las horas de baño. Hoy, por fin, llegó el gran día del tronco de la papa, ocasión única en el año, para festejar en este mes de abril, generalmente, la recolección de la papa y el camote. El resto de las carreras de troncos se efectúan con buritis más livianos.

Una variopinta procesión se encamina hacia el lugar de partida. Hoy, también las mujeres y niños salen de la aldea creando un ambiente especial en torno a esta carrera. El Kraté coloca unas papas en los huecos excavados de cada tronco mientras Baú dirige unas incantaciones especiales hacia el conjunto de los troncos y oaos; varios niños son incluidos en esta pequeña ceremonia, representando a cada mitad, colocándose en fila frente a los troncos para que el Kraté vaya tocando sus piernas y brazos mientras invoca a la fuerza para que esté

presente en los hombres que participarán de la carrera.

Van llegando los hombres de las tres aldeas adornados para correr, los mejores luciendo sus cintos de puntas de calabaza; quién hoy destaque verá aumentado su prestigio hasta los confines de la tierra Krahó dada la especial conjunción de aldeas que aquí se está dando. La expectación hacia esta prueba es muy grande ya que la composición de los partidos, con la llegada de las otras aldeas, ha variado sustancialmente; algunos son conocidos, pero otros una verdadera incógnita, los rumores aumentan el valor de los desconocidos para crear nerviosismo en el bando contrario aunque no parece que los corredores se hayan alterado mucho. La distancia a recorrer ha disminuído considerablemente, quizás sea la mitad de lo habitual, dado el enorme peso a transportar que apenas puede ser sostenido en los hombros aun permaneciendo quieto. Todos los hombres participan en la carrera y aunque algunos no vayamos a tomar el tronco animaremos con gritos participando de la suerte de nuestro partido.

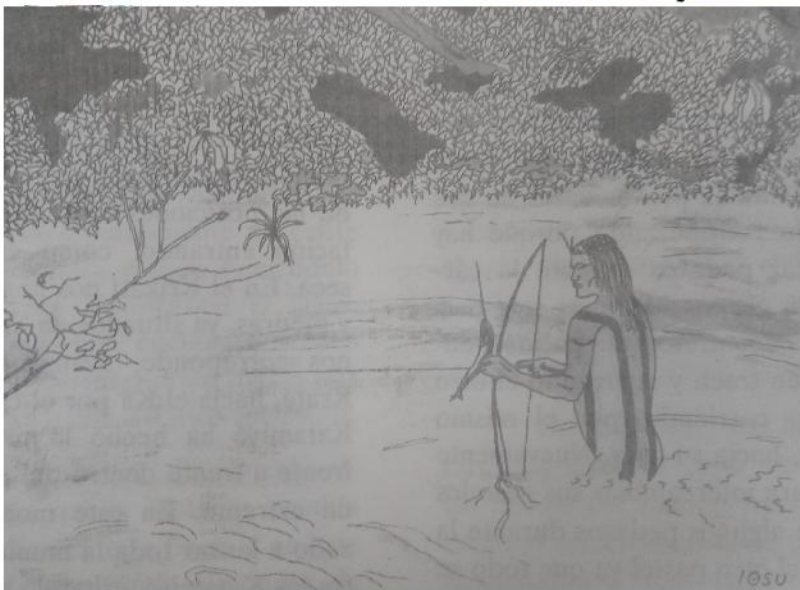
Tres hombres son necesarios para cargar el tronco sobre el primer corredor, otro tanto hacen los Katamiyé, y comienza la carrera más especial del año; para participar en ella los de Río Vermelho necesitan caminar 250 km. entre ida y vuelta.

Salen los corredores apoyando los pies desnudos, bien separados con violencia en el suelo para desplazar tan formidable peso. El ritmo es lento pero sin abandonar el paso de carrera, marchan los dos bandos parejos y viendo los grandes troncos tapar a sus portadores recuerdo esas filas de hormigas transportando enormes hojas hacia su nido. Cada pocos metros, veinte o treinta, se efectúa el cambio de corredor bajo el tronco siendo en este momento que se alterna la cabeza de la carrera entre las mitades. Vitó ha salido disparado imprimiendo una velocidad inusitada a la competición; rápidamente los Katamiye han cambiado de corredor, para recuperar la diferencia, colocando al que luce el cinto de calabazas. Ahora están realmente corriendo con fuerza y yo no creía que fuese posible, parecería que el tronco, de repente, ha evaporado su peso por arte de

LA FIESTA DE LA PAPA

magia, cambia Vitó para Nhorré cuando el corpulento Katamiye esta a punto de igualarlo, sus piernas parecen columnas de un templo, tan gruesos muslos tiene. Nhorré continúa el ritmo de Vitó con lo que se despegas de nuevo, pero es difícil que aguante tanto tiempo, la arrancada de Vitó ha sido magnífica aumentando la distancia para después mantenerla frente al más temido corredor Katamiye; creo que aquí va a estar la clave de la victoria.

Las dos filas rojinegras avanzan por el Krikatí unida por una fuerza común, maravilla ver cómo su capacidad está igualada, sus potencias físicas no parecen disminuir sino aumentar con el transcurso de la carrera; continúan los relevos entre los que se sienten más fuertes. No existe el sentido de competitividad común a las sociedades consumistas; el objetivo aquí se centra en lo bien que cada uno pueda correr y la satisfacción lúdica que de ello se deriva, el resul-



Está resultando un espectáculo único de fuerza e igualdad entre los partidos, brillantes los gruesos músculos cubiertos por el achiote colorado, apretados por el supremo esfuerzo parecen esculturas vivientes. Se alternan los corredores para que el ritmo no decaiga, de nuevo, en la entrada a la aldea, se han emparejado, falta la vuelta por el camino Krikatí, grande como las pistas de un estadio olímpico. Si no conociese la fuerza física que los Krahó poseen, pensaría que el tronco es de cartón piedra; me río cuando recuerdo sus preguntas sobre los blancos: -¿Por qué los Kupén son tan débiles?.

Para ellos es natural competir en fuerza con los animales, servirse de su cuerpo para cualquier necesidad de desplazamiento, tomar baño en la madrugada para fortalecerse, el cuerpo es querido por ellos, lo adornan y muestran con orgullo cada día, no es motivo de vergüenza ni consideran necesario ocultar cualquier parte porque lo consideran bello y digno en su totalidad.

tado final de la carrera no es decisivo para nada; quien se sienta contento con su actuación lo contará, pero difícilmente alguien ha de hablar sobre cual de las mitades ganó. Del mismo modo los partidos de fútbol poco tienen que ver con las normas del juego ya que el jugador, en su emoción con la bola, puede chutar hacia el propio marco, o, habiendo sorteado a todos sus oponentes, sin impedimentos para hacer gol, volverse sin ejecutarlo porque la diversión es compartir el juego; no es difícil, por cierto, comenzar el juego, con porterías, en un lado y terminar jugando lejos de ahí sin marcos, ni límite alguno.

Habían sido ciertos algunos de los rumores que relataban las virtudes en los corredores de la Cachocira; ahora están tomando parte decisiva en la carrera entrando por el camino que dirige al centro del patio. Es una hermosa sensación ver cómo se entienden en el momento del cambio de tronco, aun entre personas no acostumbradas a participar juntas. Van a entrar en el Ká, hasta donde espera el Kraté,

un tronco llevado por algún Katamiyé de Río Vermelho, siendo el Wakamiyé de la Cachoeira.

Situado al medio de la fila de corredores Wakamiyé no acierto a ver qué tronco fue depositado primero pero ciertamente no ha existido diferencia considerable. El sudor hace brillar fuertemente el rojo achiote que cubre los cuerpos de los corredores, al tiempo que una satisfacción general llena el patio entre las risas y comentarios sobre la carrera. Unos chicos ya están acarreado los troncos hacia sus casas para usarlos como bancos o cualquier otro fin, los hombres se dispersan por los caminos radiales cuando una algarabía de mujeres y hombres sosteniendo el gran pastel berubú envuelto en hojas de bananera vienen corriendo hacia el centro de la aldea provenientes de dos direcciones, gritando y tropezando porque hay quien intenta agarrar pedazos durante la carrera. Llegan los dos grupos, de unas seis personas cada uno, a encontrarse en patio abandonando el pastel que traen y agarrando el otro para salir de nuevo corriendo, por el mismo camino que vinieron, hacia su casa. Nuevamente dos grupos corren para intercambiar sus pasteles rituales rompiéndose algunos pedazos durante la carrera o al recoger el otro pastel ya que todo se realiza a gran velocidad. Del mismo modo son permutados los diez pasteles que han de abastecer a las tres aldeas que se encuentran aquí reunidas. Comiendo este pastel rápidamente el estómago se llena y para mí se convierte en un problema ya que soy invitado en todas las casas para que mis rompinos de otras aldeas puedan conocerme. Asisto en cada casa señalándome a los parientes por el nombre, amigos formales, pero ellos mismos no hablan y apenas me miran, según la costumbre de evitar relaciones, fuera de su obligación de solidaridad en caso de que yo sienta dolor o necesite ser defendido.

VI

Hoy es el último día de la fiesta, durante la noche creo que nadie ha descansado, todos en el patio, incluso los niños chiquitos entretenidos en encender palitos en las hogueras, aun teniendo solamente un año nadie los vigila, ni son prohibidos de jugar con el fuego, cuchillos o cualquier otro objeto potencialmente peligroso,

familiarizándose con el uso y evitando así muchos accidentes.

Durante la mañana las mujeres de la Cachoeira se han reído de mi pelo diciendo que no servía porque ni siquiera los piojos querían quedarse en él. Tienen razón, Ijoijete me regaló unos cuantos y ya no están; de nuevo las mujeres han colocado tres o cuatro en mi cabeza para que después de poner sus larvas, cada mañana puedan buscarlos; me gusta apoyar la cabeza en su vientre y charlar mientras van examinando el cabello, ellas también disfrutan, de ahí su enojo por perder uno de los pasatiempos favoritos.

Las dos mitades hemos cambiado nuestros respectivos lugares en la ordenación del mundo Krahó, para celebrar la afirmación ritual de las posiciones ante un nuevo cambio de estación entrando, como estamos, en la época seca. En el Krikatí nos hemos armado con palos y piedras, ya situados en el lado contrario al que nos corresponde, avanzando, a una señal del Kraté, hacia el Ká por el camino radial; la mitad Katamiyé ha hecho lo mismo encontrándonos frente a frente dentro del patio, cada partido en un extremo. En este momento hemos comenzado a lanzar toda la munición que traímos contra los Katamiyé, gritando y tratando de esquivar lo que ellos arrojaban. Todavía cayendo piedras alrededor, hemos avanzado corriendo para recuperar nuestra posición correspondiente a través de este simulacro de lucha; igualmente los Katamiyé han ocupado su lugar después de cruzarnos a la carrera, en el centro del patio. Simbolizado el cambio de estación y afirmada la estructura social de la aldea decidimos llenar el estómago para que también nuestro espíritu individual se asiente.

En la tarde tiene lugar la procesión de la papa. Dos hombres, con una mujer joven en medio muy adornada, van cantando encabezando la marcha con paso lento. Frente a ellos una persona trata de esquivar las papas, camotes u ocasionalmente bananas que un niño arroja contra ella; cuando es alcanzado cede su lugar a otra persona. toda la aldea camina tras el trío que canta situándose algunos a las orillas del camino, más adelante, para ver mejor los lanzamientos. Apyjy, como siempre, realiza toda clase de monerías frente al lanzador, se coloca de espal-

LA FIESTA DE LA PAPA

das agachado mirando entre las piernas para en el momento del lanzamiento saltar como sapo, recoge una papa y amenaza lanzar a los que miran, se pone de perfil para esquivar, etc. Las papas, camotes y bananas arrojadas van siendo recogidas por niños para llevar a sus casas, quien quiera puede recoger, las bananas son muy disputadas y comidas al instante. Va complementándose la vuelta al camino circular cuando ya el sol se pone. No existe danza en éste desfile, solamente la mujer moviendo las manos, una arriba otra abajo, juntando las palmas a la altura del vientre, cantando sin cesar junto a los dos hombres.

En estos días de fiesta existe una cierta regularidad, en cuanto a comer se refiere, debido a que las actividades son realizadas por los asistentes a la fiesta. Comúnmente no existe ningún tipo de horario para comer, haciéndolo cada uno cuando siente hambre en el lugar, donde en ese momento, han cocinado; existen jornadas de ayuno que corresponden más a una reacción del cuerpo que a una decisión meditada.

Esta noche, sin embargo, difícilmente alguien ayunará, todavía queda bastante comida como para cerrar dignamente la fiesta y en este momento ya se van concentrando alrededor de los fuegos esperando que acaben de asar las viandas.

Después de comer y conversar un rato nos acercamos al Ká donde Baú, y probablemente los demás cantadores, dirigirán el canto durante la noche. Poco a poco van afluyendo personas por todos los caminos radiales llenando el patio; se encienden fuegos en varios lugares mientras esperamos que comiencen el canto y el baile. Pasa el tiempo y la única canción

que se escucha es la monótona de los rumores susurrados dentro de los pequeños grupos. Finalmente me entero que no habrá cantos porque Baú se ha enojado ante la demora de las mujeres en acudir a su llamada; no sé si una cuestión de celos servirá mejor para explicar su comportamiento. Los otros cantadores no quieren cantar si Baú no participa y su actitud tiene dos vertientes; por un lado, aparentemente, respetan la dedicación de su colega y no se mezclan en los asuntos ajenos, por otro hacen que el recelo caiga sobre Baú, al cortar tan bruscamente la fiesta, quien posiblemente contaba con que ellos tomacen a su cargo la noche.

Con un lento gotear el patio va quedando vacío, los jóvenes nos quedamos para dormir, aproximadamente treinta, junto al cantador de la Cachoeira quien, sin maracá, inicia un canto en el que alarga mucho la terminación de algunas palabras convirtiéndolas en agudos chillidos. Mientras la luna sube despacio los jóvenes de la aldea Cachoeira van traduciéndome lo que canta:

"Un indio cavando la tierra detrás de un tatú agujereó esta "capa" de la tierra y cayó sobre los bunitis del mundo interior tejidas sus hojas como si fuesen esteras de dormir. Los chanchos le invitaron a bajar pero no podía atravesar el tejido así que uno de ellos mandó descender a una planta de bunití. El hombre se quedó andando por el mundo pantanoso, durmiendo sobre los chanchos. Se defendieron de los ataques de la boa y, después de mucho tiempo, los chanchos subieron a nuestro mundo. El indio les prometió arco y flechas a sus compañeros para matar chanchos; mientras los mataban él curaba a los heridos pero al final cayó en la tentación de matar también. Por esto los chanchos le hicieron enfermar y murió".

ILUSTRACIONES

FIGURA No. 1.

Vista aérea de la aldea XUPE.

A. Ká (patio central);

1. Lugar ocupado por la mitad Katamiyé

2. Lugar ocupado por la mitad Wakamiyé

B. Caminos radiales, mantenidos por cada casa limpios de hierbas.

C. Espacios con vegetación rala.

D. Camino Drikati, utilizado por las mujeres.

E. Casas.

F. Árboles de mango.

G. Río pequeño.

H. Lugares de baño.

FIGURA No. 2.

Miembro perteneciente a la mitad Katamiyé golpea fuerte y rítmicamente un haz de cipós para extraer la savia venenosa. Una vez

bien machacado lo introducirá en el río agitándolo para que la savia se extienda por el agua.

FIGURA No.3.

Krahó con adornos de ritual funerario PORGAHOK. Puede apreciarse el corte ritual del cabello, el batoque auricular de madera, las cintas de paja utilizadas, también, en las corridas de troncos. El collar está confeccionado con semillas de tiririca (parte gruesa), colgando de ellas hilos de algodón teñidos con achiote, que a su vez sostienen chapas metálicas redondas.

FIGURA No.4.

Los peces mayores son flechados por un miembro Wakamiyé después de haber quedado mareados por el veneno.

FIGURA No.5.

Nina Paiter-Merewá (Rondania - Brasil), nación indígena recientemente contactada por las frentes de colonización neo-brasileras.



LA FIESTA DE LA PAPA

NOTAS

1. **JARACUCU.-** Serpiente cuyo veneno mata o produce invalidez.
2. **Ká.-** Círculo central de la aldea, lugar de ceremonias considerado el centro del mundo, donde las mujeres solamente entran para cantar.
3. **krikatf.-** Camino circular que rodea la aldea por donde andan las mujeres, de él parten las calles que llevan al centro.
4. **Hohote.-** Nombre propio.
5. **Kupén.-** Extranjero. Actualmente es utilizado para designar a los blancos (civilizados).
6. **Tulkrén.-** Nombre propio.
7. **Keti.-** Persona que entrega su nombre a otra pasando a ser "padre" de quien lo recibe.
8. **Ikrá.-** Habiendo recibido el nombre de una persona, hereda también todos sus parientes (mujer, hijos, cuñados).
9. **Koiame.-** Nombre propio.
10. **buritf.-** Tipo de palmera utilizada con los más variados fines.
11. **Maracá.-** Instrumento ritual utilizado por los cantadores para marcar el ritmo de la música.
12. **Tiririca.-** Semillas de una planta acuática. Después de tostadas son utilizadas como cuentas de collar.
13. **Moocó.-** Cartera estrecha del tamaño de un folio, utilizada para transportar pequeños objetos (anzuelos, cuchillo, linterna, municiones, etc.); está confeccionado con paja de buritf.
14. **Nhorré.-** Nombre propio.
15. **Penó.-** Nombre propio.
16. **Pinga.-** Denominación que en el campo se le da a la cachaça (licor de caña de azúcar).
17. **Parri.-** Dirigente, elegido por cada mitad en el período de mando que le corresponde.
18. **Genipapo.-** Fruto del árbol genipapo, sus semillas se utilizan para preparar el tinte de color negro.
19. **Krampn.-** Nombre propio.
20. **Mofeta.-** Palabra española que significa zorrino.
21. **Jabutí.-** Pequeña tortuga de caparazón alargado.
22. **Tingijada.-** Método de pesca que utiliza la savia de algunas plantas enredaderas o raíces para envenenar una parte, acotada, del río.
23. **Mutum.-** Ave con una cresta de plumas, que canta a horas fijas. Algunos pueblos, como los Sayá, la consideran portadora de almas.
24. **Trairás.-** Especie de pescado.
25. **Mekarón.-** En lengua Krahó: imagen. Representa lo opuesto de cada uno.
26. **Cipós.-** Enredadera.
27. **Tatú.-** Kjirkincho, armadillo.
28. **Babacú.-** Tipo de coco.
29. **Pintoxol.-** Mujer de Miketi, y por tanto mi mujer en el grado de parentesco por el nombre.
30. **Rompino.-** Amigo formal. Entre los Krahó quien tiene el mismo nombre pero es de mayor edad. No existe trato entre ambos, evitando encontrarse y hablar. Es obligación de los "rompinos" defenderlo o castigar cualquier acción perjudicial para su menor con el mismo nombre.
31. **Diná.-** Nombre propio de mujer.
32. **Sucupira.-** Madera blanca muy dura y pesada.
33. **Borduna.-** Palo de aproximadamente un metro de longitud y fabricado con maderas duras (sucupira, pan brasil, etc.) que se utiliza como arma.
34. **Embira.-** Corteza interior de un arbusto utilizado para amarrar de forma más o menos provisoria.
35. **Kraté.-** Persona encargada de las fiestas y rituales. Su función es también la de hacer reír a la aldea, para lo cual le son permitidas acciones que no son ejecutadas por el resto.
36. **Timbirica.-** Tronco lingüístico.